





Leonora antes de Leonora

Sofía G. Buzali obtuvo el premio único de novela en el Certamen Internacional de Literatura “Sor Juana Inés de la Cruz”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2012. El jurado estuvo integrado por Bertha Balestra, Emiliano Pérez Cruz, Mauricio Carrera y Hernán Lara Zavala.

Leer para lograr en grande

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

SOFÍA G. BUZALI

Leonora antes de Leonora

Una vida imaginada



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Raymundo E. Martínez Carbajal
Secretario de Educación

Consejo Editorial: Efrén Rojas Dávila, Raymundo E. Martínez Carbajal,
Erasto Martínez Rojas, Carolina Alanís Moreno,
Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Agustín Gasca Pliego

Leonora antes de Leonora

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2013

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Sofía Guindi Cohen

ISBN: 978-607-495-274-2

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración
Pública Estatal CE: 205/01/68/13

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

A ti, Carlos, por siempre

Le escribo a esa mujer que respira bajo tantas máscaras,
incluso la que yo le inventé para no ofenderla, y le escribo
porque también usted se ha comunicado ahora conmigo
debajo de mis máscaras de escritor.

JULIO CORTÁZAR

Santander

Yo soy Arnon, el mago,
testigo de un longevo acontecer.

Un caballete y un lienzo en el centro,
un cuaderno con hojas en blanco.
Una vida que pasa y no se ha escrito o
tal vez, ya sucedió.

Santander; 23 de agosto de 1940

La conciencia vuelve. Sientes el cuerpo adolorido. Miras a un lado, a otro. Experimentas la frialdad de la habitación, las paredes vacías; todo es extraño: muros blancos, techos de gran altura. El vértigo te provoca náuseas. ¿Dónde estoy? ¿Acaso en un campo de concentración? Esa mujer corpulenta que me vigila parece gendarme. Observas la escena como si no fueras la joven atada a esa cama alta de hospital, ni que Frau Cordelia vela por ti desde que el individuo que envió tu padre te localizó en Madrid y te trajo a este lugar.

Tienes días sin probar bocado. La piel translúcida y la delgadez te asemejan a un cuerpo sin vida. El médico teme por tu salud. Tratan por todos los medios de que pruebes algún alimento, pero

cuando lo ponen en tu boca, de inmediato, te produce vómito. ¡Ácido, Leonora! Es lo único que sale de los flujos del estómago. Frau Cordelia decide pasar la comida a través de una cánula conectada a la nariz, mas antes de que roce tu piel le das un golpe y de un salto llegas hasta la puerta cerrada de la habitación. No cedés. Te burlas. Los hombres de bata blanca te sujetan a la cama del hospital psiquiátrico de Santander.

Veinticuatro horas naufragando en las honduras del sueño. Seguramente es de día, piensas. Una luz exterior se vislumbra en aquel techo de donde pende la lámpara de acero. Tratas de incorporarte, pero te das cuenta de que estás atada de pies y manos. Deseas soltarte. No puedes. Haces gestos para que las cuerdas vocales articulen tus pensamientos y griten tu ira, para pedir que quiten las amarras que te hacen daño, quieres saber dónde estás, cuánto tiempo ha transcurrido, indagar qué imbécil te trajo hasta aquí, para, para... Tus movimientos son pesados, torpes, como si el tiempo pasara en cámara lenta. A lo lejos, muy a la lejos, escuchas una voz. Ha despertado. Tal vez ahora quiera comer, si no morirá por inanición.

Frau Cordelia sale del cuarto y vuelve con la bandeja del almuerzo. Mueve tus hombros, pero al sentir sus manos en tu piel, te sobresaltas, ¡No me toque, vieja imbécil!, gritas furiosa. Los cuidadores se acercan, tratan de calmarte. ¡Fuera! ¡Déjenme, suéltanme! ¡No me detengan, no quiero estar con los alemanes! ¡Odio a los soldados! ¡Ustedes se llevaron a Max! ¡Ustedes lo arrestaron! ¡Tampoco iré con mi padre! ¡Nunca más! Tu cuerpo desnudo se revuelca sobre la cama. Los enfermeros te sostienen con fuerza. De pronto, una aguja, como flecha envenenada, surge de una mano rolliza. ¡No! ¡No me sacrifiquen! ¡No soy una yegua moribunda! ¡Quiero vivir! ¡Quiero ir con Max! ¡No!, ¡No!, gritas desesperada, *I hate you! I hate...* Sin poder terminar la frase, sientes cómo el líquido de cardiazol se desliza, lentamente, por tus venas. Al instante desaparece

la sensación de angustia, se relajan los músculos y tus ojos recorren el lugar donde te mantienen cautiva. Reflexionas. Estoy encerrada en un hospital; en tanto, los rayos del sol entran por la ventana y la sombra de los barrotes pinta de rayas grises el piso blanco de la habitación.

—¿Qué hago aquí? ¿Cuánto tiempo ha transcurrido? ¡Por favor, desátenme; me duelen las coyunturas!

—Debes comer; si no, no respondo por tu vida —dice Frau Cordelia con voz amenazante.

Es necesario ceder, piensas, no tengo alternativa. Con gran esfuerzo aceptas el bocado. La enfermera, al ver tu actitud, ordena a los hombres que desaten las cuerdas que tanto dolor te causan. ¡Qué consuelo! Te frotas las muñecas; son tan delgadas, que al rodearlas con los dedos formas un círculo tan pequeño que podría tener el tamaño de la circunferencia de un anillo. Mueves los pies; te incorporas con dificultad. Pides ir al baño. Caminas despacio. Te acomodas en el sanitario, sientes gran alivio cuando la orina desaloja tu organismo. Al salir, Frau Cordelia te pone la bata azul; primero la manga derecha, después la izquierda, y ata las cintas por la espalda. Olvidas por un momento la apariencia ruda de aquella mujer. No es gorda, sólo ancha de espaldas y fuerte. Sin más, gritas, te exaltas. ¡Quítenme las manos de encima! *Get out! Get out!, Leave me alone, stupid german! You arrested Max; bring him back!* Los hombres de blanco escuchan los gritos, entran e inmovilizan ambos brazos por detrás. Uno de ellos te carga y te amarra nuevamente a la cama, en tanto das puntapiés y exclamas, *I want him back! I want Ernst back to me!* Sientes la punta de la aguja sobre la piel. Duermes, te sumerges en lo más profundo del inconsciente. Una niña con un vestido floreado corre por el larguísimo pasillo de una casa, tal vez un castillo. Es Crookhey Hall, la casa de tu infancia en Lancashire, Inglaterra. Altos muros de piedra, torres con habitaciones desde donde se puede ver el campo. A lo lejos, una joven delgada de cabellos negros, sale por

la ventana montada en un caballo alado. ¡Pronto! ¡Huyamos! No tolero la vida burguesa. Algún día Father comprenderá que sólo deseo estudiar pintura. ¡Lo haré, claro que lo haré!, grita la joven al viento. Después, la mira a la orilla de un río rodeada de cientos de peces multicolores, descansa bajo la sombra de un ciprés. Sueña que está en los brazos de un hombre de cabello blanco con ojos muy azules, casi transparentes.

¿Cuánto tiempo transcurrió mientras dormitabas? No lo sabes. La sombra de la noche se asoma por los barrotes de la ventana. ¿Y la gendarme?, roncando, sentada cerca de ti como parte de la decoración. Te hubiera gustado saber el ciclo lunar de aquel largo día, mas para eso, tendrías que asomarte para encontrarlo. Tus ojos se acostumbran a las tinieblas; recorres la habitación con la vista y te detienes ante una silueta difusa que se mueve en el techo; se desliza por uno de los muros, sube de nuevo, vuelve a bajar. La miras entretenida, parece una nube arrastrada por el viento. Repentinamente, tu corazón empieza a latir con fuerza. ¡Max, aléjate! ¡Escóndete, no vaya a ser un enviado de mi padre! Ven, ocúltate debajo de la cama. ¡Pronto! Lo conozco, quiere alejarte de mi lado. Lo hará, lo sé, como hizo con mi caballo de madera, Tártaro. Father, *go away! Go a way!* Transpiras. Gotas de agua se deslizan por la frente, el rostro. Tu cuerpo, bajo la bata azul del hospital, queda bañado en sudor.

Duermes.

Despiertas.

Duermes.

Despiertas.

Amaneces tranquila; pides a Frau Cordelia abrir la ventana. El aire fresco penetra en la habitación. A lo lejos, miras la colina. Ella, al darse cuenta de tu mejoría, decide desatarte. *Thanks so much*, le dices, amable. Te acercas a la ventana; tu mirada triste se pierde en el horizonte. Sí, qué bien, el hospital psiquiátrico en Santander está

rodeado por agua. Es el mar. Necesito caminar un poco, le pides a la enfermera. Ella te arregla el cabello, te coloca las pantuflas. Salen al pasillo.

Observas cada detalle,
corredores amplios,
muros blancos,
puertas cerradas,
ventanas verticales,
persianas de madera,
más barrotes.

Este lugar es una prisión, piensas. Hombres y mujeres de bata azul pasean por los corredores, hablan solos, te miran extrañados, se ríen a tu paso, señalan. De pronto, tu cara se pone roja y tus ojos, Leonora, parece que van a salirse del rostro. Das un salto, corres y, con la agilidad de mono, trepas en la ventana balanceándote en las barras de hierro. ¡Déjenme en libertad! ¡No quiero estar detenida! ¡Déjenme salir! ¡Quiero salir de aquí! Te columpias con tal destreza que algunos enfermos, sorprendidos, se acercan, exclaman contigo, ¡Libertad! ¡Libertad! Frau Cordelia trata de persuadirte, de hacerte bajar de ahí. De repente, un joven de cabellos amarillos se burla de ti; le clavabas la mirada, le gritas, frenética, ¡Eres un perro rabioso! ¡Fuera! Te lanzas sobre él. Pelean. En menos de un segundo, aparecen los hombres de blanco. Puntapiés. Gritos. Golpes. Logran apartarlos, pero el rostro del interno queda marcado por tus rasguños. Y la jeringa de nuevo gana la batalla.

Tendida sobre la cama, el zumbido de un mosquito deambula a tu alrededor. No, te lo suplico, aléjate, bastante daño me hacen en esta cárcel y ahora tú; vete, vete... Los ronquidos de Frau Cordelia se confunden con el sonido del diminuto insecto. Max *are you ok?* Ya puedes salir de ahí, la vieja gorda duerme, todos duermen. Ven a mi lado. Te hicieron daño esos malvados, ¿no es así? Te avisaré si los soldados alemanes con rifles se acercan. Pero Max, mira quién

ha venido a visitarnos. Grandma, Grandma! Es una lástima que no la puedas ver. *My Father? Is he mad?* No me importa. Además si no hubiera escapado de casa, no habría ido a Londres a estudiar pintura. Nunca hubiera conocido a Stella ni ella nos hubiera presentado. Jamás me habría escapado a París. No sería libre nunca. Ernst, tranquilo, junto a mí estás a salvo, nadie te encontrará. No eres judío, pero ellos opinan que tu pintura es obscena. Fascistas desgraciados. Claro que no piensas como ellos ni tú ni yo ni nadie que tenga una pizca de cerebro. Te consideran su enemigo. Malditos demonios. No eres el único. Ellos desean aniquilar a los seres inteligentes del planeta, por eso han saqueada las bibliotecas en Berlín y quemado en plazas cientos de libros. Contra la decadencia moral. Contra la distorsión de la historia. Contra el pensamiento sin principios. Contra la arrogancia. Contra el desmenuzamiento del alma. Contra el materialismo: Marx, Freud, Einstein, Kafka, Mann, Brecht, Otto Dix, Grosz, tantos otros y tú, *my dear*, el pintor surrealista, Max Ernst. Los aborrezco. Queman libros como si quemaran hombres. Creen que así se esfumarán las ideas que cambian la conciencia. ¿Sólo ellos inteligentes? Ja, ja... Las ideas no desaparecerán, no lo toleraremos.

Frau Cordelia se volvió con la pesadez de una morsa. Al fin has dejado de roncar, vieja loca. Seguramente ha vendido su alma a Father para vigilarme. ¿O serán los alemanes? ¡Ah! ¿Deseas que Max y yo huyamos de este lugar? Lo haré, pronto, pero antes debo forjar el plan para organizar el caos en el que se encuentra el mundo. Tengo que inventar algo para que no caigan muertos tantos seres. ¡No, no te vayas!, Max, Grandma se ha ido. Será mejor que te escondas de nuevo, escucho pasos, son los soldados; no, son los hombres de blanco. Transcurren las horas entre los murmullos de la noche. Lo único que alcanzas a escuchar es el eco interrumpido del silencio. Atenta, vigila que Max no sea descubierto hasta que, agotada, cierras los párpados, cubriendo esos ojos negros que no desean mirar.

Dormiste
profundamente.
Así, Leonora, empieza el sueño de tu larga existencia.
¿O es la existencia un sueño?
Tal vez.

Villa Covadonga

Lo prometo, le dices aquel día a Frau Cordelia, lo único que deseo es salir al jardín. Accede, pero, temiendo una agresión, pide a uno de los enfermeros que la acompañe. Te da igual, estás tan acostumbrada a su presencia que te sentirías extraña sin ellos. Los tres salen al corredor. Tu cabello ha crecido, tu figura a fuerza de comer ya no tiene ese aspecto cadavérico. Caminas un poco encorvada. Te han suministrado tantas medicinas que el semblante juvenil quedó en el pasado, en París. Si tus amigos te vieran, si Ernst supiera dónde estás, o Maurie, tu madre, Patrick, Gerard y Arthur, tus hermanos, ninguno te reconocería. Al dejar atrás el pabellón, alcanzas a leer el letrero del edificio, Villa Covadonga. Sigo en España, piensas. ¿Cuándo podré salir de aquí?

La humedad del medio día te sienta bien. No sopla el viento. Un cielo vacío, sin nubes, y un azul esplendoroso se extienden en lo alto. Caminan por los corredores que unen los edificios hasta llegar al jardín circular, de donde salen pasillos que llevan a los diferentes pabellones. El jardinero corta el césped; al mirarte piensa que eres una mujer hermosa. Su nombre, Antonio. Se escucha la podadora. Aspiras el olor a césped recién cortado. Un árbol longevo de tronco ancho, de ramas bifurcadas, da sombra al jardín.

¿De qué costado está el mar?, preguntas. Hacia allá, contesta Frau Cordelia, señalando el pabellón donde duermes. ¿Recuerdas?

También desde tu ventana lo puedes ver. Sí, lo recuerdo, me gustaría pasear por ahí. En el camino se encuentran con el doctor Morales. ¿Va mejor, *miss* Leonora?, pregunta amablemente el director del hospital. No respondes. Después de un vistazo fulminante, le das la espalda. La enfermera y el médico cruzan miradas, señalando tu enojo, no importa. Cuando él se aleja, le sacas la lengua como cuando eras una niña y Father te dejaba sola después de reprenderte. Una traviesa sonrisa se dibuja en tu rostro por lo que acabas de hacer.

Ante ti, la magnificencia del horizonte, las montañas, el océano. Ensanchas los hombros, te alargas como si unos hilos invisibles tiraran desde lo alto, de un mundo lejano, tratando de no perder ningún detalle del paisaje después de tantos días de encierro. Imaginas que arrojas los pensamientos al mar, a las profundidades de sus aguas. Saldré pronto de aquí.

A la orilla del acantilado, el tiempo se detiene. Las olas rompen contra las rocas, una y otra vez. Es como si escucharas la melodía de un pasaje de *La mer*, de Debussy. Frau Cordelia te toma del brazo y ambas se sientan en una de las bancas colocadas a lo largo del mirador.

Yo, Arnon, te percibo tranquila, me deslizo junto a ti. Te estremeces. Te silbo al oído. Me escuchas atenta y, con el pensamiento, agradeces mi canto. Lo sé, no recuerdas los sucesos anteriores a tu llegada a este hospital psiquiátrico. Tampoco lo que te hicieron esos oficiales madrileños en la mansión con balcones de hierro después de raptarte. Abandonada en el parque El Retiro, deambulaste durante horas con las ropas destrozadas hasta que un policía te condujo al hotel. Borraste de tu memoria cómo pasaste el resto de aquella noche bajo el agua fría de la regadera, tallándote el cuerpo. Después estuviste horas frente al espejo. Al otro día olvidaste cómo trozaste obsesivamente páginas y páginas de periódico y las esparciste por las calles.

Llegas a Madrid después del arresto de Max

Una tarde en Ardèche, varios soldados belgas irrumpieron en tu casa de campo de Saint Martin. Te acusaron de espía y amenazaron con dispararte un tiro si no denunciabas a los hombres que durante la noche habían rondado por el jardín. Los miraste fijamente y, con ese francés tuyo con acento inglés, negaste cuantas acusaciones inventaban. No recuerdas qué les dijiste, pero se marcharon sin poner una mano sobre ti. A partir de ese momento, el pánico te hizo penetrar en ese mundo tuyo de obsesiones. No querías pensar en Max, en la guerra, en los campos, hasta que Catherine, una amiga inglesa de la infancia, y Michael, su novio húngaro-judío, llegaron por ti.

Tus amigos huían de París.

Los alemanes se acercan, Leonora, te explicó Catherine, corres peligro, debes venir con nosotros. Cruzaremos los Pirineos en coche. El Fiat rojo de Michael está listo. Lo mejor es olvidar a Max y continuar con tu vida. La escuchabas atenta. No sabe lo que dice, repetías en tu mente, no sabe lo que dice, Ernst regresará pronto, debo esperarlo, contestabas angustiada. Comprende, no es amor lo que sientes, Max te lleva 26... Podría ser tu padre. ¿Qué se cree?, pensabas, sólo porque tiene conocimientos de psicología puede manipular mis sentimientos. No, no me iré. Finalmente accediste, mas no por Catherine, sino para ayudar a Ernst. En Madrid podrías conseguir que estamparan el visado en su pasaporte y pedir ayuda para liberarlo. Por las noches mirabas su retrato impreso en el documento. Lograbas dormir un poco, el sueño te hacía olvidar. Era un tiempo sin tiempo. Convencida de tu decisión, enfrentaste el papeleo para solicitar el permiso de viaje. Lo negaron. No le diste importancia, de todas formas habías tomado la determinación de salir de Francia con o sin permiso de migración.

Aquella tarde fuiste a la notaría para ceder los derechos de tu casa al propietario del motel *des Touristes* de Saint-Martin. Regresas

cansada y, por primera vez desde la captura de Max, al subir las escaleras, observas las enormes esculturas que meses atrás hicieron tú y él con tanto entusiasmo. Tristemente, admites que esos seres amorfos que suponían protegerlos no tuvieron los poderes suficientes para evitar que lo apartaran de tu lado.

Ordenaste las cosas que llevarías a ese viaje sin retorno. Dentro de la maleta, con tu nombre grabado, lees la palabra *Revelación* escrita en una placa de metal incrustada en la valija. ¿Creíste que algún día los misterios del mundo iban a develar la razón de tu existencia? Cerraste el maletín, sacaste de la mesa de noche una hoja. Le dejaré una nota, tal vez algún día regrese a buscarme.

Querido Max: me he ido con C. y te esperaré en Extremadura.

L.C.

Doblaste la hoja, la guardaste de nuevo en el mismo lugar. Al día siguiente, con los papeles sellados por el ayuntamiento, partiste, sentada en medio de Catherine y Lucas, en un Fiat rojo que te sacaría de Francia. Conseguiré ayuda para liberarlo, pensabas. Mientras contemplas las inmensas montañas.

Imaginas

Semanas después de tu llegada a Madrid, imaginaste que Michael Lucas, el novio de Catherine, fue quien te acusó de locura y obscenidad frente al cónsul de la Embajada Británica, amigo de tu padre. Te sentiste perseguida, amenazada. Consideraste al pobre Michael un espía, un enemigo. El problema era más grave, pensabas, Inglaterra y España debían unirse para detener la guerra dirigida por Hitler y Cía. Era necesario unir las fuerzas metafísicas y distribuirlas en los seres

humanos para obstaculizar los planes de ese hombre abominable. No recuerdas tampoco que durante tu estadía en Madrid visitaste las oficinas de tu padre, representadas por la compañía ICI. Aseguraste a uno de los directores que el doctor que te veía en ese momento no sólo estaba enamorado de ti, sino también de los millones de Father. El director no tardó en percatarse del estado en que te encontrabas y dijo: ¡Vamos, señorita Leonora! Le sentarán muy bien unos días en la playa. Engañada, te subieron al coche y te trasladaron a Santander, poniéndote en manos del doctor Morales, amigo suyo.

Ese día, Leonora, robaron tu libertad.

Tampoco recuerdas que en el trayecto a Santander te administraron tres veces luminal, una inyección en la espina dorsal. En calidad de moribunda, te entregaron como una fiera adormecida al doctor Morales.

El doctor Morales

El doctor Morales es un afamado médico psiquiatra, propietario de una espléndida finca, con grandes espacios verdes y árboles frondosos. Ahí se ubicaba el sanatorio especializado en el tratamiento de enfermos de salud mental. La escasez de instituciones que abordaban los problemas patológicos lo hizo un lugar de referencia.

A los ingleses les atraía la posibilidad de montar a caballo por sus alrededores y, entre las clases acomodadas, se puso de moda llevar a Santander a familiares con trastornos psiquiátricos. Un vecino que pasaba por detrás de los enramados de Peña Castillo, escuchó unos gritos espantosos de aquellos pabellones.

Sigues en el hospital.

Desde la banca del mirador, la suave brisa de julio te abriga. Olvidas por unos instantes dónde te encuentras. Dentro de poco,

terminará el verano y los días serán más cortos. Tu mirada perdida en la lejanía. Observas la montaña. Un escalofrío recorre tu cuerpo. ¡Claro! Ahora lo recuerdo, en la cima de esa montaña está el templo druida construido en mi honor, es el punto más sagrado de la región; te emociona descubrirlo en la ladera de aquel cerro. Viene a tu memoria el ritual de luna llena, a media noche, las demás mujeres, las luminarias colocadas en círculo... Sientes el corazón latir con demasiada prisa, lo tocas, lo detienes. Pronto saldré de aquí, los hechiceros y los duendes en barcas voladoras vendrán por mí y me sacarán de este aislamiento.

Witches, witches, where you are? I'm a prisoner, take me out.

Corres por el pasillo, feliz. Saltas, liviana, ágil, como una gacela, consciente de cada movimiento, de la flexibilidad del cuerpo. El placer de sentirte libre dura unos instantes, porque Frau Cordelia y uno de los hombres de bata blanca corren tras de ti. Te resistes. Patadas. Golpazos. ¡Déjenme!, ¡Los míos me esperan! Ustedes no saben quién soy. ¡Suéltenme! Pero su fuerza se impone.

Una inyección en el muslo.

La inmovilización en la cama del pabellón de Covadonga.

Permaneces durante varios días y noches sobre tus propios excrementos. Estás tan asustada que decides no dormir. Podrán hacer de mí lo que quieran, pero nunca serán dueños de mi conciencia, y de mi inteligencia, jamás. ¡Ésas son sólo mías! El muslo se hincha. La sola idea de una infección te imposibilita caminar por largas semanas. La mujer bizca limpia la suciedad en tu cuerpo picoteado por los mosquitos y de vez en cuando pone un cigarrillo en tu boca, lo agradeces. La gendarme te da de comer huevo crudo y verduras. Lo hace con cuidado. ¡Cómo me gustaría morderla y arrancarle la mano!

Así, entre la vigilia y el sueño, cuentas las cuadrículas de la pared y analizas los defectos más insignificantes con los que

tropieza tu mirada. Durante uno de aquellos lapsos, descubres hormigas caminando en fila india por los surcos que unen las losetas del piso. Cargan migajas sobre sus lomos. Sumisas. Obedientes. ¡Qué bien! ¡Guárdenlas! Son tiempos de guerra. ¡Un murciélago! Al fin un amigo me acompaña en esta cueva tenebrosa. ¿Y la dolencia del muslo? Insoportable. Max, puedes salir, se han ido, Grandma logró sacarlos de aquí. Estamos solos. Mi pierna duele y ellos quieren cortarla.

Yo, Arnon, alivié el dolor del muslo aquella noche. Dormiste tranquila, sin malestares como si flotaras en una balsa sobre las aguas quietas del universo. Llegas a un jardín de flores amarillas y naranjas. Los búhos se asoman entre las ramas.

Al día siguiente, en espera de que la mujer bizca lave tu cuerpo, recuerdas la visión de la noche anterior y te ves en un jardín parecido al que soñaste. El viento hace caer las jacarandas, contemplando cómo se arrastran hasta tapizar el pasto de violeta. Te sientes dueña del conocimiento absoluto. La mente y tus manos son extensión de ramas curativas que cubren los muros. Las deslizas hasta la pierna lastimada, la frotas varias veces y con el calor, la inflamación y la molestia ceden de inmediato. Llueve. Lo sabes porque escuchas gotas pegar sobre el cristal. Quisiera elevarme, salir y dejar que la lluvia limpie mi cuerpo envenenado. Le han hecho tanto daño.

El dolor vuelve.

Te sientes poseída por seres malévolos que desean aniquilarte. Debo encontrar una forma de sacarlos de mi mente. Tengo que encontrarla, tengo que encontrarla...

Witches, witches, where you are? Come and cure me, help me out.

¿Recuerdas cuándo escribías cuentos?

Dibujar aquieta el alma, al igual que escribir palabras sobre una hoja en blanco. Surge la magia y se desempolvan las dolencias recónditas de lo que ignora la razón. ¿Pero quién, quién se va a compadecer de mí y me va a dar papel y lápiz en esta prisión? Regresan a la memoria los días felices de París y te ves al lado de Max. Tú escribías cuentos; Ernst dibujaba las viñetas para ilustrarlos. Desde siempre, desde el otro lado, desde pequeña, inventabas historias. En Saint Martin permitías que emergiera la imaginación como un nadador desde las honduras del océano. En esa época escribes el primer cuento, “La casa del miedo”, después, “La dama oval”, “El séptimo caballo”. Textos irónicos, de humor inglés, único en ti. Te burlas de la burguesía, las reglas, las monjas del colegio. ¡Cómo las hacías sufrir! ¡Además de rebelde, zurda! Y no sólo zurda. La niña Leonora escribe al revés, de la misma manera que Leonardo Da Vinci. Escribir. Leer el texto frente a un espejo. Te expulsaron. Father, frenético. Su única hija, una revoltosa. A esta señorita hay que reprenderla. Tal vez, después de presentarla en sociedad, se componga y sea digna de la familia. Única mujer, tres hermanos. ¿Qué diferencia? ¿Mujer, hombre, animal?

Después a Florencia. La escuela para señoritas de *miss* Penrose. Instruirte en buenos modales, preparar tu presentación ante la sociedad y, como una *lady*, asistir a los bailes con todos esos jóvenes de la alta burguesía. Pero tu único objetivo era estudiar pintura. Hiciste tu voluntad e ingresaste en Londres, en la Chelsea School of Arts. Ahí y sólo ahí, porque en los años 30, a las mujeres se les negaba el ingreso a las escuelas de Bellas Artes patrocinadas por el estado. Ni a Les Beaux Arts de París ni a la Royal Academy of London. De nuevo, el rechazo por ser mujer. Pero un día el pintor Amédée Ozenfant abrió una academia privada donde aceptaban señoritas. Una artista en la familia. ¡Qué desprestigio! Max, te lo platicué, dibujé y dibujé

una manzana durante seis meses. Después de tanto tiempo acabó siendo un fósil.

Estudiar sola en Londres trajo sus recompensas. Además de estar alejada de Father, te sentías libre, pintabas. Pasabas horas curioseando las tiendas de libros usados, en donde descubriste ejemplares sobre alquimia y lo esotérico. Como aquella novela sobre una mujer que encuentra la iluminación en su recorrido por el Tíbet, de James Frazer. ¿Fueron aquellas lecturas inspiración para tu vida? ¡Por supuesto!

Te conviertes en una escritora de mucha imaginación. Gracias a los cuentos que inventabas en la infancia, con Nanny y Grandma, se despertó en ti ese universo encantado. ¿Sabes, Leonora? Desde el primer momento Max percibió algo especial, también sus amigos los poetas, los pintores, Breton, Eluard, Duchamp, supieron que estás más allá de lo establecido y miras la vida de otro color.

¿Por qué?

Porque tu espíritu es,
simplemente,
distinto.

Para ti, realidad e irrealdad, tiempo y espacio se funden, son uno. Todo puede suceder en tu entorno, sin limitaciones, sin fronteras. El universo está conectado con otros mundos. Nada es lo que parece. Los mundos paralelos se traspasan, como en tus historias encantadas. El colibrí habla, los caballos vuelan, los árboles protegen, las lechugas saltan, los vasos se mueven, las sillas se elevan y logras que los duendes unan los amores.

En el mundo real, Leonora, los seres se aniquilan unos a otros.

Y esos, los misterios de la muerte, son los que no logras comprender.

Pero, Max, ¿dónde han quedado aquellos cuentos?, dices como si lo tuvieras enfrente, a un lado de la cama del hospital. Algún día los recuperaremos. *Don't worry*. Igual que tus pinturas, mis dibujos

y todo lo que abandonamos en nuestra casa de Saint Martin. *Evil germans!*

En los momentos de lucidez, las tardes se alargan, parecen eternas, como si el sol nunca se fuera a ocultar detrás de la montaña. ¿Acaso riñe con la luna? El anochecer se aproxima cerca de las nueve. Es verano. Nunca estás sola, te visitan en la habitación el príncipe de Mónaco, el arzobispo de Santander, el papa Pío XII y el marqués de Silva con sus arañas gigantes. Por supuesto, también es un buen amigo Arturo, el jardinero, quien un día te enseñó la casita detrás del huerto. Venga señorita Leonora, le mostraré dónde guardo la podadora. Lograbas escapar de la vigilancia del gendarme y después de visitar la casita, sacudías la falda, te acomodabas el cabello y regresabas como si nada al pabellón de Covadonga.

Pasan las semanas, los meses. Estás cansada. Sientes la necesidad de tu traslado a otro pabellón, al de abajo. Ahí donde residen los internos que tienen posibilidades de salir. Pero esa orden sólo la da el doctor Morales. Mas, Leonora, tu cuerpo está débil y tu espíritu más desconsolado que nunca. Tu cabello largo ha perdido ese brillo que parecía acompañar a las estrellas. Nadie lo acaricia como antaño. Tu mirada refleja desolación, tus ojos negros, con luz transparente como los de un gato en la oscuridad, están tristes y ya ni siquiera tienen lágrimas para llorar. ¡Esos medicamentos! Lo único que han logrado es apartarme de mi yo. ¿Y el mundo creativo? ¿Y los sentimientos? Anestesiados. Como aquel día en que caíste en lo más profundo.

El día más negro de tu vida

Contemplas los sucesos del universo tras los cristales de la ventana. Por la actitud de los pájaros, imaginas la hora. En ese momento cantan, más bien, se despiden de la tarde. Tal vez son las seis. El cielo

comienza a cambiar de tono y detrás de las nubes se asoma una luz traslúcida, diáfana que te sume en la nostalgia. ¡Qué extraño! Estoy mareada.

Inesperadamente, escuchas los gritos de Frau Cordelia llamando a los guardias. Entran apresurados, cada uno de ellos sostiene alguna parte de tu cuerpo. Asustada, adviertes todos esos ojos puestos sobre ti. Percibes cómo, poco a poco, te vas hundiendo en un pozo,

oscuro,
profundo,
insondable,
lejos,
muy lejos.

Tu mente se detiene.

La angustia total.

Fue el miedo más intenso que hayas sentido jamás.

Muecas, contorsiones, espuma por la boca y los ojos en blanco. Permaneces en ese estado convulsivo. Al salir a la superficie, te ves desnuda, impotente, tirada sobre el piso de la habitación. ¡Unos limones! ¡Traigan pronto unos limones! El jugo cortará de inmediato los efectos de este miedo pavoroso. Cuando el ataque epiléptico pasa, terminas tan cansada que duermes 24 horas continuas. Mientras dormitas, te transmito un mensaje. Deja de luchar, nunca podrás contra ellos.

Comprendes.

Inicias la partida.

Renuncias a resistir,

mostrándote obediente y dócil como aquel buey, el de tu cuento.

Gracias a tu nueva actitud, todos cambian. Una mañana, uno de los hombres de bata blanca te lleva al solarío. Te sientes viva. Sigues el curso de la luz a través de los cristales. A la hora del almuerzo, planeas el orden de los alimentos para que después, en una breve

visita al baño, compruebas que la comida pasa sin digerir. El doctor Morales no cree en tu nueva actitud. ¿Miss Leonora amable y obediente? Difícil de creer. Algo extraño estará maquinando, así que continúen poniéndole la inyección.

Cada caída, diferente.

Las enfoques, distintos.

En ocasiones, el miedo vuelve y se apodera de ti como aquel día. Observas por la ventana a un potro que corre rumbo a la cima de una montaña. Es blanco. El viento hace que sus crines se extiendan por el dorso. Tropieza con una piedra. Resbala. Rueda sendero abajo. Una parte de su cuerpo queda de lado, otra de espaldas, sus patas al aire, moribundo. Impactada, deseas correr, salvarlo, pero no puedes, sigues paralizada. Sufres. Sé que en ocasiones te sientes como ese potro agonizante en la soledad, sin vida. Tienes deseos de llorar, pero te quedas mirando al vacío y aquella única lágrima rueda por tu rostro.

A la caída

sobrevienen largos días en silencio.

El silencio es tan profundo que hiere los oídos.

Aquella mañana decidí traspasar el otro lado y me hice presente. Por instantes, el universo se deforma, desaparece. Todo se convierte en un polvo fino e inmaculado que se esparce por doquier.

Después,

el mundo vuelve a reconstruirse, toma su forma y en un abrir y cerrar de ojos

estoy cerca de ti.

Más tranquila, cierras los ojos y la expresión en tu rostro se relaja. Distingues algo extraño, te inquietas, el corazón late apresurado. ¿Arnon? ¿Eres tú? ¿Será posible? Ese olor inconfundible sólo proviene de los bosques.

Las estaciones

Transcurren días, semanas, meses, el árbol del jardín circular se ha pintado de tonos marrones y naranjas.

Las hojas se desprenden de las ramas,
caen,
una a una;
tapizan el pasto.
Es otoño.

Siempre has disfrutado los tonos tan diversos del campo, desde tu ventana, como lo hacías desde tu cuarto en Crookhey Hall. Cuantas veces al asomarte veías las mariposas revoloteando sobre los arbustos y los botones abiertos de las rosas. Descubrías la campiña transformada en una alfombra con matices multicolores. Es ya primavera, pensabas, ahora los gorriones volverán a trinar en mi ventana. Las estaciones te sorprendían; a pesar de tu corta edad, tenías la sensibilidad de percibir los cambios repentinos en la naturaleza. En otoño, pensabas, las tonalidades son indescriptibles. Hacías largas cabalgatas con tu yegua Winkie, y disfrutabas caminar con Boozy, un fox terrier, sobre las hojas secas, entre ramas y troncos. Imaginabas que sin su follaje los árboles pasaban frío.

Cierta tarde jugabas a la orilla del estanque. El otoño irrumpía apenas. El viento corría afanoso, los arbustos se estremecían. Observabas a los peces tratando de imitar la manera cómo respiran. Abrir, cerrar. Abrir, cerrar... Boozy, mientras tanto, correteaba a aquel pájaro de pecho amarillo que rondaba por ahí. Sola te reías, sola te divertías. ¡Nanny, Nanny! Conté 13 tonos en las hojas de aquel árbol. ¡Mira, creo que los colores y las formas existen ya en las flores, en las piedras...! Y, ¿qué es el sol? ¿Qué es la lluvia? ¿Qué es el viento? *Very well, miss Leonora, very intelligent for your age.* Nanny le contó a Grandma lo que dijiste aquella tarde, por lo que la abuela decidió que era momento de enseñarte los rituales de las estaciones.

En las diferentes épocas del año, te explicó Grandma, el universo se comporta de distintas maneras y nuestras almas también. Sí, tierra, fuego, agua, aire. Los árboles muchas veces están desabrigados y en otros meses, colmados de hojas verdes. ¿Y el mar? Algún día iremos. Te asombrarán las olas, la arena. Me acuerdo cómo te sentaste frente a ella, a escucharla, atenta y con los ojos muy abiertos.

¿Cómo? ¿El sol siempre está inmóvil y la tierra se mueve a su alrededor? Claro, la tierra no se está quieta ni un segundo y se la pasa dando vueltas y vueltas en torno al sol. No siento que se mueva, Grandma. No lo sentimos, pero vemos cómo de repente es de día y después es de noche. *I love the sun* Grandma, quiero ir a visitarlo. *Oh, dear!*, el sol está muy lejano, por eso los dioses lo ayudan en todos sus quehaceres. Algún día, cuando seas una señorita, te enseñaré sobre los Sabbats, los rituales celtas para celebrar a los dioses. ¡Ahora, abuela! *Please!*

Así, aprendiste que en primavera la diosa Ostara despierta de su descanso y cubre la tierra de fertilidad. Brotan las flores, los frutos están maduros, los árboles reverdecen y el paisaje se llena de colores. ¿Equinoccio de primavera?, preguntabas. Sí, te explicaba Grandma, es cuando el sol y la tierra se miran cara a cara, sucede una sola vez al año. Pareciera como si los dos pudiesen bailar por esa única ocasión.

Comprendes, con el paso del tiempo, que en primavera también se depositan las semillas de nuestros anhelos. Y que los huevos representan a la diosa Ostara. Pero nunca olvidarás la historia del conejo blanco que al amanecer del equinoccio surgía de la espesura de los bosques y enterraba huevos de oro en los huecos de los árboles. El afortunado en encontrarlos tendría abundancia durante todo el año.

Cuando el sol surge más al sur, el día se hace largo y las noches cortas; entonces, te decía, llega el verano. En días calurosos, las actividades al aire libre son las más divertidas: montar a caballo, dar un paseo por el zoológico. ¿Cómo se llama la fiesta de verano, abuela?

Lughnasadh y el dios del sol se le conoce como Lugh. En esta época del año es tiempo de recolectar la primera cosecha. Todo lo que sembramos maduró en los meses anteriores y al fin está listo para comerse. Debemos agradecer la abundancia porque tendremos alimento todo el año. Vamos, Leonora, te decía Grandma, toma estas espigas de trigo y recita conmigo. Tú y ella bailaban en círculo agradeciendo a la naturaleza sus bondades.

Durante el invierno, Leonora, tiene lugar la noche más larga del año y el día más corto. Se le conoce como el solsticio de invierno o el nuevo nacimiento del Sol. ¡Solsticio, equinoccio! ¡Solsticio, equinoccio! ¿Crees, Grandma, que podré recordar esas dos palabras? Y ella te explicaba con un dibujo. Imagina una rueda, si estás arriba estás más cerca del sol; si estás abajo estás más lejos; por lo tanto, entre más lejos estés del sol, la oscuridad aumenta.

Durante el invierno se celebra el resurgimiento de la luz. Además, es lindo pensar que tras un final siempre hay un nuevo comienzo. No lo olvides. ¿Y los días de invierno? Es Yule. ¿Y cómo celebran la fiesta del Yule? Las familias van al bosque y escogen un tronco de pino o roble, lo llevan a su casa y lo dejan ardiendo durante el solsticio. Las cenizas, Leonora, protegen la casa del mal y atraen la buena suerte.

Fue con esas historias y cuentos sobre dioses y festividades que Grandma te enseñó a amar las montañas, los ríos, las flores.

Orden del universo

Otoño.

Días cortos.

Un ambiente gris, indiferente.

Los enfermos pasan más tiempo en el interior.

De pie frente a la ventana, miras el océano. Los últimos rayos se despiden de la tarde y alcanzas a vislumbrar los reflejos color plata sobre las aguas del mar. Un velero en el horizonte, en la inmensidad. Jamás he estado en altamar. Alto el mar, mar a lo alto, altamar.

La gendarme irrumpe de improviso en la habitación, te sobresaltas al verla. ¡Frau Cordelia!

—Calma, Leonora, sólo vengo para devolverte los objetos que te confiscaron al ingreso de la clínica.

—¡Mi bolsa de mano! La había olvidado.

Como una niña pequeña con juguete nuevo, te sientas en la cama y vacías el contenido sobre la sábana: monedas francesas, un tarro de crema facial, pulidor de uñas, la polvera y un diminuto frasco de colonia; lo abres, aspiras y rocías un poco en cada lado del cuello. Mmm... aroma parisino. ¡Mi lápiz de labios! Lo echaba tanto de menos. ¿Max, quieres un poco? ¡Jerónimo, el interno del pabellón de al lado? Es sólo un amigo. No, cómo crees, él y yo sólo platicamos. *Are you jealous?* Ernst, *don't worry, you are the only one*. Abres la polvera, te miras en el espejo. Te asombras al ver la palidez de tu rostro. Acaricias tus mejillas. Ernst, no me veas. ¡Regresa a tu escondite! El maldito encierro está acabando conmigo. Pronto, ocúltate. Escucho pasos. Echas los objetos dentro del bolso y los guardas en el cajón de la mesa de noche y con rapidez te escondes debajo de la cama.

La luna, iluminada, abraza la noche cuando Frau Cordelia regresa con la bandeja del refrigerio. ¡Sal pronto de ahí!, te dice al verte tendida en el piso. ¡Vamos, será mejor que te alimentes! ¡Sigues estando demasiado delgada y no lograrás jamás salir de aquí! Obedeces sin entender qué demonios hacías dormida bajo la cama.

Comer. Dormir. Es necesario encontrar alguna manera de huir. Cuando Frau Cordelia se distrae, guardas el bocado en la servilleta. Aborrezco cenar dentro de la habitación; por lo menos desde el

comedor puedo ver las jacarandas. Y Antonio, ¿habrá terminado de recoger las hojas secas? Frau Cordelia retira la bandeja y te ayuda a ponerte la ropa de noche. Tomas los medicamentos. ¿Y la inyección? No, hoy no. Tardas unos minutos en sumergirte en la nada. ¿Recordar el sueño? No. ¿Para qué?

Un día de tantos

El fresco de la mañana te intimida. Un pulóver largo y gris cubre tu cuerpo delgado. El sol ahí no calienta. La luz apenas se filtra por las ramas. Caminas pensativa. ¡Hace tanto que no veo llover! Disfrutas el sonido de tus pisadas sobre las hojas muertas. Marchar sobre ellas me recuerda el bosque, mi niñez, mi perro Boozy. Seguramente Father es el que está detrás de todo esto. ¡Lo que hacen los padres para separar a los hijos de los amores! España, Santander, un hospital psiquiátrico. Tan alejada del mundo, de la vida, del arte, de Max. Nadie me visita, a nadie le importo. En los momentos de lucidez tratas de entender, pero tienes la sensación de que el tiempo se ha detenido. Mas no sólo el tiempo, también tu vida, los latidos del corazón, los flujos del cuerpo, todo paralizado, interrumpido. Recuerdas el ayer, París invadido, tanques, alemanes, muerte. ¿Escaparon los demás o estarán arrestados como Ernst? Si pudiera juntar cientos de hojas secas, meterlas en un costal y lanzarlas al mar. El agua se pintará de naranja, tal vez de marrón. No quedarán flotando. Quizá la corriente las arrastrará hasta la playa. Jamás sabré en qué lugar el mar las abandonará.

Al llegar al jardín circular extiendes una manta sobre el pasto. Te sientas.

—Buenos días, Antonio. ¡Qué tristes están hoy los árboles!

—Señorita, el otoño es así, no están tristes, sólo duermen.

—Lo sé, pero los pájaros se van, los echo de menos. Yo quisiera ser un pájaro y marcharme también de aquí. ¿Sabes, Antonio? A veces sueño que soy un cuervo y me paso el día mirando la vida desde el Big Ben.

—¿Big Ben? ¿Qué cosa es eso?

—¡Antonio! Es la torre del reloj más famosa del mundo. Se encuentra en Londres. Porque yo soy inglesa, te lo he dicho, ¿no es cierto?

—Big Ben, Big Ben. Parece que dice ven, ven.

En tanto platicas, sacas por debajo del suéter el bolso que te regresó Frau Cordelia el día anterior.

—Antonio, ven, te enseño lo que tengo aquí, pero no se lo digas a nadie, ¿entendido? En esta bolsa tengo lo necesario para organizar el sistema solar y regular la conducta del universo. Porque allá, del otro lado de estos muros, hay hombres enloqueciendo.

—¿Por qué dice eso, señorita Leonora?

—Porque el mundo está desquiciado. Seres diabólicos maquinan la destrucción de otros hombres. Encarcelan, asesinan, se linchan unos a otros.

—¿Será posible?

—Por supuesto, yo lo sé, los he visto. Es indignante. Debo reorganizar el universo. Todos estos objetos me ayudarán.

Antonio te mira y dice despreocupado.

—Ahora vuelvo, debo terminar de limpiar el jardín del otro lado. Cuando acabe, doña Leonora, volveré y si todavía está usted aquí la llevaré a la casita del huerto.

Ni siquiera le pones atención. Concentrada transformas los objetos que tienes ante ti. Estás convencida de que la maquinaria humana tiene un desorden en sus engranajes. Por eso, los seres viven sumidos en la angustia, en la ignorancia, en la guerra. Sobre la manta, frente al árbol desnudo, organizas el mundo. El pulidor de uñas lo ves como si tuviera la forma de una barca plateada que te

conduce a un sitio donde serás inmensamente feliz. Con un papel que encuentras tirado sobre el pasto construyes la vela. Imaginas que aquel navío te lleva a donde acaba el río y comienza el mar. Desde ahí descubrirás y armonizarás los misterios de los seres. Veamos, del lado izquierdo colocas las monedas. Cuando el hombre utiliza el dinero como único fin es su perdición, se apodera del alma y aniquila la vida espiritual. Debo equilibrarlo y unirlo a los demás objetos; así, eliminará su contenido diabólico y la riqueza no generará más desgracias.

Muerte, rifles, tanques, bombas...

El tarro de crema facial es la luna. La colocas del lado izquierdo. La polvera, el sol. La unión de ambos provocará un eclipse. Esperaré una noche de luna nueva y cuando se enfrente al sol proyectará sombra sobre la tierra. En pleno día sentiremos las tinieblas. Noche, oscuridad, el mundo dormirá. Perdidos en el silencio, recapitaremos sobre la muerte y sobre el mal que hacemos a los otros. ¿Podrá desaparecer la maldad de la conciencia?, te preguntas; en tanto, imaginas, entre lluvia de estrellas y el paso de un cometa en el firmamento. Ahora, el espejo. Lo tomas entre tus manos y lo colocas frente al rostro. Quieres mirar tu reflejo, tú-yo, pero nada se manifiesta en él, absolutamente nada. ¿Y mi alma, dónde está? *My goodness! Where, where is my soul?* Lloras. Una ardilla se asoma por el hueco del árbol para mirarte. No son lágrimas de dolor, sino de impotencia. ¿Qué será de mí si continúo internada en el hospital y sigo perdiéndome en la nada? ¿Esos hombres, en qué me han convertido? Debo salir de aquí, pero ¿cómo?

Olvidas la preocupación por un segundo y fijas tu mirada sobre el espejo. ¿Por qué no? Si Alicia cruzó al otro lado, yo también podré. Traspasas. No sabes dónde te encuentras, pero el lugar está cubierto de polvo. Parece recién bombardeado. Miras sobre el pavimento a personas moribundas. Otras caminan sin rumbo en busca de alimento. Los perros husmean los cuerpos, ellos también tienen hambre.

Soldados salen de una esquina. Asustada, te escondes bajo el arco de la puerta de un edificio en escombros. Observas la escena, angustiada. ¡No quiero estar aquí, tengo que salir pronto! Un gato blanco se para junto a ti. Claro, él te acompañará en el camino de regreso. Cuando te ves sobre el pasto del jardín circular, te sientes más tranquila, a pesar de que el corazón late con fuerza. Por ahora, decidiste, será mejor quedarme aquí, tras los muros del pabellón de Covadonga. Un gato blanco salta la barda. Hola, gatito, ¿dónde has estado? Ven, ayúdame, faltan muchas cosas para cambiar los horrores de este mundo.

Armonizaré este enjambre, pondré a la derecha la barra de labios. Ella logrará enriquecer el espíritu de los hombres en la tierra. Sólo es necesaria la creación de un lindo poema o un cuento. Una composición musical o detenerte largamente frente a una pintura. ¿Imaginas quién enriqueció mi espíritu cuando era una niña? Por supuesto. *Grandma was the one!*

El cansancio y la emoción vencieron tu cuerpo, porque cuando Frau Cordelia y los vigilantes te encuentran en posición fetal bajo el árbol del jardín circular, estás profundamente dormida. Al despertar, entusiasmada, le platicas tus planes a uno de los hombres de bata blanca que, lejos de apreciar tu trabajo, te suministra una nueva dosis de cardiazol.

Alguien te visita

Llegó el invierno.
El viento frío.
El alma impasible.
Tranquilo el corazón.

Gracias al cambio de actitud, el doctor Morales ordena tu traslado al pabellón de abajo. Menos internos. El ruido disminuye y,

sobre todo, las habitaciones no tienen barrotes que protegen las ventanas y asfixian el alma.

La habitación se encuentra más cerca del mar. Escuchas durante el día y la noche el ritmo constante de las olas estrellarse una y otra vez sobre las rocas del acantilado. Continuas, incansables; en otras, el oleaje se azota, furioso, entre el viento y la marea, desahogando su enojo contra los pedruscos.

Sigues prisionera, pero la sensación en el edificio es distinta. Aquí usas tu ropa, sales al jardín sin autorización. Las inyecciones de cardiazol son más espaciadas y Frau Cordelia es ahora un poco más tolerante, aunque extrañas a los hombres de blanco que se habían convertido en la sombra de tu sombra.

Prestas más atención al lenguaje de los otros y a los signos que rondan en el universo. Eres más paciente, obedeces sin reproches. Intuyes algo. Sientes que de un momento a otro un duende aparecerá y te mostrará el camino para escapar. Si fuera por tu padre, jamás saldrías de ahí. Es mejor considerarte loca, a aceptar que su hija amada cohabite en adulterio con un hombre mucho mayor y, además, pintor.

Días buenos,
días malos.

El deseo de dibujar vuelve. Frau Cordelia accede y te proporciona lápices y una libreta. Esbozas un pájaro gigante con una figura femenina de cabellos largos sobre sus grandes alas. Parecen salir huyendo por un gran ventanal. O ese otro en donde una hechicera con un manto de estrellas, en una balsa en forma de cisne, intenta cruzar las aguas sobre trazos color plata.

Dibujas y miras la vida pasar, esperando las señales para liberarte de ese horrible encierro. Lo más agradable durante aquellos días gélidos al comienzo del invierno es la visita al solarío.

Muebles de bejuco blanco, tumbonas dispuestas en doble fila, mecedoras, plantas verdes y macetas suspendidas decoran el salón

de ese enorme espacio de grandes ventanales. Una enredadera se incrusta en el muro como si no quisiera jamás abandonarlo. En una de las esquinas cuelga la jaula de los canarios. Cantan, duermen, pasean de un lado a otro, pero, lo saben, son prisioneros como tú. ¡Cómo me gustaría dejarlos en libertad! Una mañana abres la puerta de la jaula. Salgan, nada los detiene. Confusas, las aves se miran entre ellas. Al fin comprenden. Al salir, vuelan de aquí para allá, felices, alrededor del solarío, entre las plantas, unas se posan en las mecedoras, otras en las tumbonas. Compartes con ellas la alegría de su liberación. Bailas a tus anchas, das vueltas de una esquina a otra, mientras los canarios trinan melodiosos alegrando tu corazón. Despiertan del encanto cuando el más pequeño se estrella en uno de los cristales del ventanal. Imaginó salir al aire, al viento. El estruendo fue tal que el interior del solarío queda paralizado. Corres a levantarlo y lo sostienes entre tus manos, lo acaricias. Tratas de aliviarle el dolor y de inmediato le detienes la patita con una rama. Espero que sanes pronto, lindo canario, incapacitado y cautivo como yo. Cuando los enfermeros se percatan del caos, devuelven las aves a las jaulas, y a ti te castigan sin visitar el solarío durante una semana.

El día claro, sin nubes. Pareciera que el sol calienta la mañana, mas el viento corre frío. Usas un abrigo que te queda bastante grande, como si en cualquier momento tu cuerpo fuera a escurrirse y quedar tendido sobre el piso. Te acercas a la jaula de los canarios. Hola, ¿cómo sigue la patita?, preguntas, mientras acaricias al pájaro que pasea todavía cojeando. Después, eliges sentarte frente al ventanal, a un costado del muro cubierto por la enredadera. ¡Una catarina! Miras los pequeños puntos negros sobre sus alas. El insecto carmesí abre una, después la otra, vuela. Es tan pequeña. Grandma, recuerdo lo que decías cuando uno de estos insectos se posaba en mi vestido: Siempre que encuentres una, algo bueno sucederá. Catarina, *what secrets you keep under your winds?*

Sobre tus rodillas una manta, un cuaderno de hojas blancas, colores. Los párpados cerrados, serena, es uno de esos instantes en que pareciera que nada perturba tu alma. Puedes escuchar el vacío entre un silencio y otro. No piensas en nada. Un dibujo recién hecho reposa sobre el papel: en el centro de un gran bosque una casa, no, parece un castillo. Filas de pinos forman un camino hasta la puerta principal. Un estanque, más árboles. Pájaros alrededor, no, más bien, seres voladores. Corre por el sendero de pinos una figura femenina con un camisón blanco. Su cabello flota ligero como si el aire lo estuviera alborotando. Una mujer de túnica negra parece protegerla durante el trayecto. Un hombre de traje corre tras la figura femenina. En primer plano, un gato, del tamaño de un león. De pronto escuchas una voz. Te sobresaltas. La libreta y los lápices caen al suelo. Tardas en reaccionar.

—*Miss* Leonora, tiene visita. La espera un hombre en la biblioteca.

—¿Visita yo? Durante meses nadie se ha molestado en venir a verme.

—Dice ser un primo suyo.

—¿Primo? ¡Qué extraño!

Al levantarte, la manta cae. La recoges. Te acomodas la falda, el cabello, cierras los botones del abrigo, alzas las cosas, en tanto decides qué hacer ante aquella sorpresa extraña. Atraviesas el jardín circular hacia la biblioteca, caminas despreocupada como si en el otro extremo nadie estuviera esperando. Los brazos cruzados sobre el pecho, cubriéndote del viento. El gato blanco te mira desde el techo del pabellón. ¿Acaso, gato, sabes quién ha venido a visitarme? ¿Un hombre? ¿Un primo? ¿Father? ¿Habrá viajado Father hasta aquí sólo para verme? Lo dudo.

Exit-salida

En la puerta de la biblioteca, un caballero de espaldas, recargado en un bastón de madera y mango de plata, analiza los libros en las repisas. No, no es Father. Al sentir tu presencia el hombre da media vuelta, te mira, se acerca a saludarte. Nunca antes lo habías visto. No le tiendes la mano. Sólo saludas haciendo un gesto con la cabeza.

—Soy el doctor Gil, un primo lejano de tu madre. Tu familia me contactó para sacarte de aquí. He solicitado al embajador inglés los trámites y la documentación necesaria para tu regreso a Inglaterra.

Te dejas caer en el sillón. Tu cuerpo, dentro del inmenso abrigo, se funde con el cojín. Father está detrás de todo esto, estoy segura. No contestas. El hombre comprende y te da tiempo para que lo pienses.

Recapacitas,
cavilas,
transcurren minutos.

Eres rápida para tomar decisiones. No tienes por ahora otra alternativa más que cruzar estos muros con el desconocido del bastón. Es tu oportunidad. Tal vez la única. Tómala o déjala.

—Bien, ¿qué debo hacer?

—Miss Leonora, no se preocupe, tenemos todo arreglado. Además, pedí a la señorita Cordelia que nos acompañe durante el trayecto. No se encontrará sola en ningún momento.

Si él supiera que lo único que deseo es no ser vigilada las 24 horas.

—¿Cuándo?

—Mañana a primera hora vendré por ustedes. Iremos por carretera hasta Madrid. Desde ahí organizaremos lo demás. El doctor Morales ha dado su autorización.

—Estaré lista.

—A sus padres les va a dar mucho gusto verla.

Saliste de la biblioteca sin decir más. Los pensamientos iban y venían revoloteando en tu cabeza. ¿Será posible? ¿Es verdad? ¿Me estarán engañando? No creo. ¿Así, tan fácil salir de aquí? ¿Qué planes tendrá mi padre? ¿A dónde me llevarán después? Lo primero es marcharse, luego pensaré qué hacer.

Destiny, destiny, where do you take me?

Salir,
go out,
salir,
go out,

salir, te repites mientras caminas a tu habitación. Frente a la ventana observas el horizonte; por unos instantes te dejas llevar. Escuchas atenta el ritmo de las olas. Es un vaivén continuo entre el presente inmediato y los pensamientos. No es momento de retornar al pasado, de cuestionarse. Habrá tiempo.

Recorres la habitación con la mirada. Empacar. ¿Qué llevarme de aquí? Tengo tan poco. Dibujos. Cuadernos. Escritos. Pasaporte. Documentos. Un cuerpo dolorido. El recuerdo de las convulsiones. ¡Ah! y los medicamentos circulando por mis venas. Desprende del muro aquel dibujo donde una mujer sale huyendo por una ventana sobre el lomo de un pájaro enorme. Lo observas detenidamente. ¿Acaso los dibujos son premonitorios? o ¿los deseos plasmados se hacen realidad? Te recuestas, cierras los ojos. Por la ventana se asoma la tarde oscura de invierno. La luna no aparece aún, es ese momento de transición en el que el anochecer comienza a las cinco, a las seis. Y mañana, en este mismo horario, estaré en otro sitio. ¿Dónde? No sé.

Cierta nostalgia invade tu corazón,
como una tarde sin sol,

como una noche sin luna.

¿Un pájaro en mi ventana? ¡Que extraño! ¿A esta hora?

Frau Cordelia entra, trae consigo una pequeña valija. Te sorprendes al verla. Los viajes que has realizado desde que escapaste de la casa paterna surgen ante ti como un relámpago.

Huir, siempre huir.

Y como única compañía aquella maleta color marrón. Al abrirla el olor parisino impregna la habitación. Extraño, inconfundible. Cierta nerviosismo se apodera de ti. Abres la valija, la cierras, la dejas sobre la cama, te sientas. Esa angustia que se adhiere como lapa en la piel, en la garganta; se posesiona de mi cuerpo frágil y delgado. Frau Cordelia nota tu perturbación, te conoce demasiado.

—Miss Leonora, los calmantes. Más tarde traeré una pastilla para dormir. Mañana será un día largo.

—Sí.

—¿Necesita ayuda?

—No, gracias. No iré al comedor, no tengo hambre. Me quedaré empacando. Hasta mañana.

Y Max tan lejos de mí. ¿Qué habrá sido de él? ¿Nos volveremos a encontrar? Deseo tanto que siga con vida. Seis largos meses aislada, prisionera. ¿Qué estará sucediendo afuera de este hospital? Más muertes, seguramente. Pronto lo sabré. Las pastillas para dormir. No las tomaré. Mañana deseo estar tan alerta como los búhos durante la noche. En ese estado de asombro y sentimientos encontrados, acomodas una a una las pocas pertenencias y arreglas la bolsa de mano: la crema de labios, el perfumero, la polvera..., un cigarro. ¡Cómo me gustaría fumar! Y Antonio, ¿dónde estará? Siempre me ofrece un cigarro cuando más lo necesito.

Imposible conciliar el sueño.

Cuando el amanecer llega se asoma por las rendijas, suave, transparente. Sobre la cama ves el cuaderno con los dibujos recién hechos, resultado del insomnio. Los observas antes de

guardarlos en tu bolso; en uno, un gato negro al lado de una figura femenina de cabellos largos, de espaldas, parece que atraviesa una puerta.

El doctor Morales te espera en su oficina para despedirse. Estás segura que extrañará el dinero que le proporcionó la empresa de tu padre. Lo más seguro es que le dan una cantidad mucho mayor que la de cualquier otro interno. Todo olvido de esta prisión. Nada deseo recordar. Decidida, cierras la puerta de aquel cuarto desde donde escuchabas el mar.

Cruzas el jardín circular, sientes clavadas en tu espalda muchas miradas. Se escuchan gritos y risas desde las ventanas con barrotes. ¡Adiós, hechicera de la noche, no olvides a Napoleón! ¿Por qué no te despides del papa? ¡Sube y te daré la bendición, mujer hermosa! ¡No te vayas, el mundo te engañará! Cuídate del general Franco, te volverá a encarcelar. Caminas rápido, sin mirar atrás. No, no voltearé. No miraré a nadie, te dices. Observas a Antonio asomarse detrás de las jacarandas. Con la mano te dice adiós. El jardinero se acerca a ti y pone en tu mano una cajetilla de cigarros.

—Adiós, Antonio.

Te detienes, abres el bolso y sacas tu cuaderno de dibujos. Escoges uno, lo arrancas con cuidado, se lo regalas.

Viaje en tren

En la puerta del hospital los espera un coche gris con interiores de piel. Citroen o Peugeot, no estás segura. Al volante un chofer de saco roído y corbata ancha. El viento se cuela por donde puede, entre los árboles, los cuerpos. Cierras el abrigo. El doctor Gil se sienta en la parte delantera. Tú y Frau Cordelia atrás.

—¿Los guantes? —pregunta la gendarme.

—No tengo guantes, Frau Cordelia, cuando llegué al hospital era verano, junio o julio. No recuerdo cuándo me trajeron por la fuerza a Santander.

—En Madrid tendremos oportunidad de adquirir un par.

—Perfecto, una bufanda también.

En el momento que cierras la ventana del coche, ves a uno de los hombres de blanco correr hacia ti.

—¡Señorita Leonora!, ¡Señorita Leonora, fruta para el camino!

—¡Adiós! ¡Adiós! —le dices, agradeciéndole la colación.

Fueron muchos los meses, piensas, mientras agitas la mano para despedirte.

Cuando el auto arranca, sientes un hueco en el estómago. Decides no agobiarte; prefieres descubrir el paisaje rumbo a la estación. Sí, descubrirlo, porque cuando te trasladaron al asilo ibas dormida, ¿recuerdas? Las inyecciones, las inyecciones. Nunca más. Miras las colinas, el camino terroso. El mar queda atrás, sereno a pesar del viento que corre en el gris de la mañana.

El doctor Gil enciende la radio. Te incorporas para tratar de comprender. Antonio te platicó la nueva situación en la España de Franco. A todo se acostumbra uno, doña Leonora, sobre todo después de presenciar tantos asesinatos de gente cercana. Un día tuve el peor susto de mi vida. Iba rumbo al trabajo. Había agitación en las calles, guardias por todos lados. Un olor insoportable de gases lacrimógenos. Apareció una piedra lanzada al aire. El impacto me derribó sobre la calzada como un bulto. Unas manos sudorosas me arrastraron y me llevaron al interior de un portal donde vomité a los pies de alguien que enseguida se agachó para limpiarme la sangre de la cabeza, vendándola con su pañuelo sucio. Mire, doña, la cicatriz. Y tu amigo el jardinero te la mostró, mientras escuchabas aterrorizada. Se aprende, si no pones objeción, la vas pasando. Malo es cuando los criticas, por eso, lo mejor es callar, te dijo. La comida es escasa, en ocasiones muy difícil de conseguir. Yo por lo menos

siempre tengo trabajo cuidando mis jardines, otros ni a pan llegan. Menos mal que mi madre y yo tenemos para carbón, sino imagínese con estos fríos. Además, uno todo el tiempo se siente vigilado, raro... La gente se protege de no hablar, de no opinar de nadie ni de nada en relación con el gobierno de mi general.

Ése es el punto de vista de tú amigo querido. Si él supiera. Todos son iguales, seguramente Franco ha de ser aliado del alemán. No lo dudo, *even for one second*. ¡El poder! Lo que el hombre es capaz de hacer para dominar a los otros, piensas, en tanto miras por la ventana las colinas áridas, solitarias sin ninguna sombra que las cubran del sol de invierno. Al escuchar al locutor en la radio, imaginas que no da las noticias reales, están maquilladas. “Italia y Alemania continúan los bombardeos por fuerzas marítimas y aéreas alrededor de la Isla de Malta”, dice el reportero.

Al llegar a la estación de tren, tus piernas se tambalean. La Guardia Civil se ve por todas partes. Lo que más altera tus nervios es advertir colgadas, en una esquina del andén, la bandera de España junto a la escalofriante bandera roja, con la suástica en el centro. Deseas esconderte, volver al hospital, al encierro... No, la Gestapo no. Te resguardas en Frau Cordelia, sujetándote a su brazo con tanta fuerza que le haces daño.

—Nada pasa, Leonora, tranquila. Pronto llegará nuestro tren.

—¿Por qué esas banderas?

—Porque el canciller alemán y el general Franco tuvieron un encuentro cerca de aquí; su ferrocarril pasó por esta estación —contesta el doctor Gil.

—¿Para qué se citaron? —preguntas angustiada.

—Para involucrar a España en la guerra. Así, Alemania desarrollará sus planes en el Mediterráneo. Mantenga la calma, *miss* Leonora, no pasa nada, lo más probable es que olvidaron retirarlas.

La estación abierta, pequeña. Dos bancas largas de espera. Una caseta con el letrero “Billetes”. A cada lado, guardias y más guardias.

Dictadura. Aborrezco los uniformes. Polvo, tierra. El chofer deja el equipaje a un lado. Un hombre enfundado en un abrigo viejo con agujeros ofrece café de un recipiente que cuelga al hombro.

—¿Café?

—No.

—Yo sí, por favor —contesta Frau Cordelia—. Me calentará un poco; tengo frío.

—¿Fuma, señorita? —te pregunta el doctor.

Recordaste el paquete que te regaló Antonio. ¡Cómo lo olvidé! Mas no deseas nada. Toda tu atención está puesta en aquellos oficiales.

—¿Cuántos años tiene, *miss* Leonora?

—Veintitrés.

—Es usted muy joven.

Esquivas la vista, no contestas. Sientes que los soldados te observan como si te desnudaran. Sospechan. Para ellos todos somos sospechosos. Siempre lo seremos y más aún, una inglesa como yo. No te separas de Frau Cordelia. Es ahora tu única aliada. No confías en el enviado de tu padre. Por fin, escuchas un silbido a lo lejos, miras el humo de la locomotora acercarse lentamente por las vías donde hace apenas unos meses transitó también el convoy alemán. ¡Esas banderolas, no soporto tenerlas ante mí! ¡Quisiera correr!

Correr,
en este mismo instante
desaparecer,
escapar.

Una cabina para seis personas fue destinada sólo para ustedes tres. El dinero, es el dinero, piensas mientras te sientas junto a la ventanilla. El doctor Gil carga las valijas y las coloca por encima de los asientos.

—Ponte cómoda, Leonora, puedes quitarte el abrigo —dice Frau Cordelia.